

# *¿Cosmopolitismo o nacionalismo? Apuntes para una reinterpretación del discurso internacionalista sansimoniano: Saint-Simon*

FRANCISCO MARTÍNEZ MESA

*«Il n'y a qu'une nation au monde, dont un cosmopolite soit membre, la nation des cosmopolites»<sup>1</sup>*

Pocos podían imaginar, en la Francia de 1817, que esta afirmación de Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon, expuesta en su obra *L'Industrie*, llegara a alcanzar alguna trascendencia y menos aún que pudiera llegar a inspirar, como tuvo lugar más tarde, interpretaciones contrapuestas.

Efectivamente, desde presupuestos científicos e ideológicos muy diferentes se ha tratado de dar sentido a estas palabras y arrojar una luz sobre su significación dentro de la obra de este pensador. La tarea, sin embargo, no resulta en ningún caso sencilla porque, a la diversidad de perspectivas desde las cuales pueden y han sido examinados sus escritos, desde la sociología a la ciencia política, pasando por la filosofía o la economía, no debe olvidarse la posterior evolución experimentada por su ideario, fruto de la reflexión llevada a cabo por sus discípulos en el marco de una realidad concreta en proceso de cambio constante.

Es más, es en el contexto de este debate, aún vigente, en torno a la fidelidad de la escuela —luego Iglesia— sansimoniana con respecto a su maestro, donde, creemos, debe situarse el eje de lo que sólo pretende ser una aproximación a la vertiente cosmopolita del movimiento.

A nuestro juicio, todos los enfoques han partido de la existencia de una supuesta cesura entre Saint-Simon y sus discípulos. Así, quienes desde una perspectiva próxima al liberalismo han valorado el carácter revolucionario —por renovador— del pensamiento del conde en tanto prefigurador de los

---

<sup>1</sup> «Sólo hay una nación en el mundo de la que el cosmopolita forme parte como miembro, la nación de los cosmopolitas», C. H. de Saint-Simon, «L'Industrie ou Discussions Politiques, Morales et Philosophiques dans l'intérêt de tous les hommes livrés à des travaux utiles et indépendans», Vol. I, Parte 2, en *Oeuvres de Saint-Simon et D'Enfantin* (en adelante *O.C.S.E.*), París, 1865-1878, Vol. XVIII, p. 23.

principios inspiradores de la sociedad industrial y de las pautas de funcionamiento que la animan —con mención especial al papel rector de las capacidades—, o aquéllos que, desde una óptica menos conservadora, han apuntado su lucidez a la hora de incitar al estudio de las sociedades cara a la comprensión de los procesos históricos<sup>2</sup>, han coincidido por lo general en subrayar el carácter primordialmente científico y objetivo de su discurso, en contraste con la orientación más ideológica y doctrinal del elaborado por sus seguidores.

Quienes, por el contrario, han tendido a primar la significación de la obra de la escuela sobre la del maestro, lo han hecho siempre sobre la base del mayor contacto de aquélla con la realidad de su tiempo, frente al academicismo de éste<sup>3</sup>: ya fuera para, a través de ello, significar su clarividencia, muy lejos de las vagas intuiciones de Saint-Simon, a la hora de captar y analizar el funcionamiento del capitalismo y de sus principales mecanismos —el papel capital a jugar por el crédito y las infraestructuras—; ya lo fuese, desde una óptica divergente, para resaltar su capacidad para percibir las contradicciones del sistema y alentar una profunda sensibilidad social, a años luz del elitismo latente de quien durante buena parte de su vida había ejercido como noble.

Todo este conjunto de interpretaciones, sin embargo, compartía, pese a lo variopinto de su formulación, un nexo común: el mayor interés por resaltar las discrepancias sobre las analogías llevaba a todas ellas, por muy explícito que fuera el reconocimiento de los discípulos en torno a la tutela intelectual del maestro, a constatar la existencia de una ruptura y hablar de la existencia de dos corrientes ideológicas diferentes.

Paradójicamente, en la cuestión que nos ocupa —el cosmopolitismo— casi todas las voces parecen haber coincidido en la existencia de una relación de continuidad a lo largo de todo el discurso sansimoniano. Sólo unos pocos, con la mente más puesta en establecer paralelismos históricos con el contexto internacional del siglo XX que con la contemporánea de principios del XIX, rompieron esa unanimidad y sostuvieron la tesis en torno al desarrollo de un periodo de cierto fervor nacionalista y belicista dentro del sansimonismo<sup>4</sup>. En líneas generales, sin embargo, ya fuera desde una óptica u

<sup>2</sup> G. Gurvich, *Les fondateurs de la sociologie contemporaine. Vol. I, Saint-Simon sociologue*, París, 1955, (edición española: G. Gurvich, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, Argentina, 1969); E. Durkheim, *Le socialisme, sa définition, ses débuts, la doctrine saint-simonienne*, París, 1928 (edición española: E. Durkheim, *El socialismo*, Madrid, 1980).

<sup>3</sup> E. Halévy, *L'ère des Tyrannies. études sur le socialisme et la guerre*, París, 1938.

<sup>4</sup> E. G. Iggers, *The Cult of Authority. The Political Philosophy of the Saint-Simonians*, La Haya, 1958, pp. 118 y ss. Este autor parece dedicar buena parte de su obra a destacar las contradicciones del sansimonismo en el ámbito de las relaciones internacionales y elaborar así un paralelismo entre éste y la vocación también aparentemente internacionalista de la Unión Soviética, ambos en el fondo lastrados de un contradictorio, pero evidente, talante imperialista.

otra, el pensamiento sansimoniano en su conjunto ha sido percibido como un movimiento de vocación universalista y pacifista; para unos, en tanto vinculado al nuevo mapa de relaciones modelado tras la Revolución francesa, en torno a la órbita del liberalismo; para otros, más a la izquierda, en tanto imbuido de una nueva conciencia sensible al espíritu fraterno de la humanidad cuyo fin último habría de ser una sociedad más justa y solidaria <sup>5</sup>.

A nuestro juicio, y esto es, en definitiva, lo que vamos a tratar de mostrar aquí, esa continuidad es real, pero no en tanto excepción a la regla comúnmente aceptada sobre la honda divisoria existente entre los dos pensamientos, sino como luz esclarecedora e indicativa de un profundo parentesco entre ambos. Apuntar esta reflexión requiere una aproximación a las fuentes, esto es, a los escritos de Saint-Simon y a la profusa obra de sus seguidores, y situarla en el contexto de su tiempo, en el marco de una sociedad como la francesa que, diría Benjamin, aún se encuentra en pleno campo de ruinas, enfrentada a unos dilemas de progreso y civilización que sus clases directoras no parecen alcanzar a interpretar <sup>6</sup>. Es en este ambiente, lastrado a partes iguales de fe, confusión e incertidumbre, donde debe insertarse un discurso que en todo momento, ya fuera en 1802 o treinta años más tarde, presentó un claro destinatario, el único en el que podía confiarse por tener en sus manos las llaves del porvenir.

## **La sociedad industrial de Saint-Simon**

A lo largo de toda la obra de Saint-Simon había quedado patente su voluntad de crear un nuevo sistema de organización social que reemplazara definitivamente a la sociedad tradicional del Antiguo Régimen. La palanca vertebradora de este trascendental proceso de transformación que, a juicio del autor, conduciría a la superación de todos los conflictos pasados que habían generado antagonismos entre hombres, clases y naciones, y a la creación de una *asociación de trabajadores* concebida como empresa universal y destino real de la humanidad, sería la ciencia, bajo cuyas leyes se habría de asistir al reinado del progreso y la razón.

El objeto, sin embargo, sobre el que Saint-Simon buscaba aplicar las leyes y métodos propios del saber científico no era la naturaleza sino precisamente la sociedad, concebida como un gran ser colectivo, como una «verdadera máquina organizada en la cual todas sus partes contribuían de manera dife-

---

<sup>5</sup> M. Leroy, «La société professionnelle des nations. Un projet d'Henri de Saint-Simon», en *Europe*, t. V, París, 1924, pp. 207-213.

<sup>6</sup> W. Benjamin, «Thèses sur le concept d'histoire», n.º IX, *Ecrits français*, París, 1991, pp. 343-344.

rente a la marcha del conjunto»<sup>7</sup>. Dentro de esta ciencia social del hombre, de esta *fisiología social*, era patente la influencia de autores como Condorcet a la hora de conceder un papel central a la filosofía de la historia, concebida como instrumento decisivo a través de la cual precisar y constatar el progresivo grado de desarrollo y felicidad del hombre, fruto del continuo avance de la ilustración y del declive de la ignorancia y la superstición. Desde esta perspectiva, la ley de la evolución a la que Saint-Simon apuntaba era una ley que hacía pasar a todas las ciencias humanas de una forma conjetural a otra *positiva*, explicando en buena medida el progreso de las sociedades. Dicho en otras palabras, el abandono de las especulaciones moralistas y persuasivas podía permitir al historiador clasificar los hechos, descubrir las leyes de su encadenamiento, mostrar el grado de desarrollo al que habían llegado las sociedades y acabar conociendo los gérmenes de vida y destino futuro.

El progreso intelectual y material de la humanidad encuentra, sin embargo, un importante escollo en la inestabilidad política, permanente en el caso de Francia, y paradigmática en buena medida de los anacronismos que aún asolaban a la sociedad europea. Pero este problema remitía a otro mucho más central en Saint-Simon, el de las relaciones de clase: porque en tanto no fuera abolido aquel sistema social favorecedor de unos grupos sobre otros, independientemente de la participación de éstos en el proceso de producción, el género humano no lograría alcanzar su bienestar. Saint-Simon no fue, desde luego, el único en la sociedad de su tiempo en denunciar este enquistamiento en el Antiguo Régimen; buena parte de sus temores coincidían con los portavoces en Francia de las tesis industrialistas: empresarios, banqueros, manufactureros y nobles liberales que, especialmente a partir de 1814, a través de diarios como el *Censeur européen*, venían postulando un sistema de valores sustentado en el predominio de la industria y el talento, en torno al cual establecer las necesarias bases institucionales, eso sí, circunscritas éstas a asegurar la interacción de los intereses y capacidades individuales a través de la defensa de la propiedad y la economía de mercado competitiva<sup>8</sup>.

El interés de los industriales por la realidad política difería, no obstante, del de Saint-Simon, puesto que para ellos el papel de los gobiernos debía limitarse a intervenir lo menos posible y a dejar el terreno libre a los *capaces* (la burguesía de talento). En ningún caso, pues, contemplaban el advenimiento de una nueva teoría social que pudiera emerger desafiando,

<sup>7</sup> «Preface», en C. Bouglé y E. Halévy, *Doctrine de Saint-Simon. Exposition. Première année, 1829*, París, 1924, pp. 11 y ss.

<sup>8</sup> Algo que no era nuevo, pues en el centro de la crítica social y política de las luces ya se encontraba el principio de la propiedad. Ch. Rihs, *Les Philosophes utopistes. Le mythe de la cité communautaire en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1970; A. Cuvillier, «Les antagonismes de classes dans la littérature sociale française de Saint-Simon à 1848», *International Review of Social History*, 1, Parte 2 (1956), pp. 437-463.

precisamente en nombre del desarrollo industrial y el progreso histórico, las instituciones e ideas del capitalismo del *laissez-faire*, el individualismo liberal y la santidad de la propiedad privada, que ellos suponían el complemento natural y el más seguro garante del progreso social.

Saint-Simon compartía buena parte de sus tesis, pero se resistía a considerar como nuevo un orden económico y social regido aún por un régimen de propiedad anclado en el pasado. En su opinión, mientras siguieran vigentes las leyes que garantizaban la posesión de las tierras en manos de sus actuales propietarios y de sus herederos, no se podría hablar de prosperidad y desarrollo industrial en Francia. En este sentido, sólo una transformación en la base de la propiedad, compatible con la antes proclamada ley de la evolución, *más elevada y general*, pondría término a la hegemonía secular del propietario ocioso y abriría el camino a la promoción de los talentos más capaces y emprendedores. Desde un principio, Saint-Simon, en la línea de otros industrialistas, había concebido la *política* como la *ciencia de la producción*, y la *nación* como la culminación de la *gran sociedad industrial*<sup>9</sup>. Sin embargo, el conde no se limitó —como aquéllos— a cantar las excelencias de la nueva economía política. Lejos de ello, profundizó en el análisis de los medios tendentes a su implantación en la sociedad francesa, y constató la importancia de las formas de propiedad a la hora de determinar la estructura y el funcionamiento del colectivo social.

La indiferencia generada entre quienes hasta entonces habían sido sus compañeros de viaje —ahora sólo interesados por incrementar su presencia en el antes *secundario* ámbito político— acabaría condenando a Saint-Simon a una marginación que, a la vez, también favorecería una posición de distanciamiento decisiva cara a sus ulteriores análisis. En efecto, muy pronto, en torno a 1820, amplió su perspectiva y comenzó a tomar clara conciencia de la distinta naturaleza de los escollos que contribuían a sumir a Francia en el retraso; ya no se trataba tan sólo de la preeminencia de una clase privilegiada y ociosa o del mantenimiento de un sistema social fundado sobre formas de propiedad arcaicas, para Saint-Simon buena parte de esta responsabilidad residía en el clima inestable reinante en el país desde 1789 y palpable tanto en el plano político —Terror, Directorio, Imperio, Restauración—, como en el espiritual —triumfo del llamado pensamiento *crítico*<sup>10</sup>.

En realidad, Saint-Simon no hacía sino llevar a sus últimas consecuencias su concepción orgánica —ahora ya libre de ataduras sociales— de una

<sup>9</sup> El nuevo carácter que Saint-Simon va a imprimir a la política, hasta elevarla al rango de las ciencias positivas —como se señalará en *Le Politique*— es lo que ha llevado a muchos a considerarlo el creador de una nueva Ciencia Política; E. Vidal, *Saint-Simon e la scienza politica*, Milán, 1959, pp.77 y ss.

<sup>10</sup> C. Moya, «Prólogo», en C. H. de Saint-Simon, *El sistema industrial*, Madrid, 1975, pp. XLII y ss.

sociedad que, como todo ser vivo, poseía cuerpo y espíritu <sup>11</sup>. Sin embargo convencido como estaba, al mismo tiempo, de la inevitabilidad del progreso de la especie humana, se vio obligado a bosquejar un proyecto de realización social que enlazara con aquél. En efecto, a lo largo de su vida, Saint-Simon había venido constatando los numerosos obstáculos erigidos contra la realización de esa gran sociedad industrial liderada por los más capaces, esto es, la elite burguesa, y también con el paso de los años había ido individualizando los elementos causantes de ese bloqueo, pero precisamente eran estas mismas limitaciones derivadas de ese entramado complejo de factores las que ahora le iban a llevar a sustraerse de una realidad material tan conflictiva y proyectar en el terreno de lo ideal un modelo de evolución humana, muchos de cuyos rasgos sólo se iba a limitar a prefigurar.

El nuevo sistema de organización de la sociedad partía del rechazo explícito tanto de la concepción del orden social subyacente a las diferentes variedades de la teoría liberal, como de las premisas sobre las que éste se sustentaba, la autonomía y la autodeterminación del individuo. Algunas de estas críticas fueron también compartidas por hombres como Burke, Bonald, de Maistre, Haller o Chateaubriand, pero desde una base tradicionalista donde el hombre era concebido como producto y no como productor de las relaciones sociales. Saint-Simon compartía algunos rasgos comunes con este conjunto de autores, pero siempre fueron mayores las discrepancias. No había en Saint-Simon el menor apego a la sociedad teológica y tradicional de aquéllos, por mucho que su apelación a un *nuevo cristianismo* pudiera llevar a pensarlo. Por el contrario, nos encontramos ante un modelo proyectivo que apelaba al componente religioso en tanto instancia superadora de las divisiones y, lo que es más importante, de las desigualdades humanas —ya no sólo en el más allá, como sostenía la religión tradicional, sino también aquí en la tierra.

La crítica sansimoniana al individualismo imperante no implicaba, por tanto, una limitación de las capacidades humanas. Todo lo contrario, las aspiraciones del hombre aparecían valoradas siempre y cuando se encontrasen encuadradas en el marco más amplio de progreso del género humano. En este sentido, Saint-Simon retomó del cristianismo el componente cohesivo que ésta, como otras religiones, proporcionaba en torno a un objetivo que se quería que encarnase los intereses de la colectividad, pero lo hizo complementándolo con una descripción cada vez más cruda de la miseria popular que reinaba en la sociedad de su tiempo. Para Saint-Simon la so-

---

<sup>11</sup> A decir de Georges Gurvich, la virtualidad de Saint-Simon y su principal fuente de inspiración iba a ser siempre la idea del esfuerzo humano colectivo, material y espiritual a la vez. Este esfuerzo sería la base y fundamento, no sólo del individuo mismo, sino también de la sociedad. De hecho, esta admiración de las ciencias aparece en el pensador en la medida en que representaban el fruto de ese esfuerzo colectivo y su beneficio para el conjunto de la humanidad. Gurvich, *Les fondateurs de la sociologie contemporaine. Vol. I, Saint-Simon sociologue*, pp. 36 y ss.

ciudad feudal había unificado una serie de ideas y valores comunes en torno a la Cristiandad, pero esta elevada comunión espiritual no había derivado en un mayor grado de prosperidad para el conjunto del género humano. Más tarde, la progresiva desaparición de las instituciones y valores medievales había traído consigo la implantación de un nuevo modelo de organización económica y social basado en el egoísmo, pero tampoco —señalaba— se había traducido en un avance en el progreso civilizador. En ninguno de los dos momentos el hombre había apreciado un retroceso en el cumplimiento de su devenir histórico, pero en ambos había fracasado a la hora de lograr conciliar la preocupación por la condición espiritual de los hombres —la inculcación de una conducta moral asociada al amor al prójimo y simbolizada en otro tiempo por la figura de Cristo— con la estrictamente material —esto es, la combinación de esfuerzos cara a la producción y la explotación de los recursos— base de su supervivencia y bienestar.

Aun cuando el modelo de organización social esbozado por Saint-Simon hasta su muerte podría limitarse a parecer un mero negativo de la sociedad que le tocó vivir —individualista, opresora, deshumanizada—, y que, ante la imposibilidad de ver transformada, sólo podía ser superada en el terreno de la utopía, lo cierto es que su propuesta no hacía sino reivindicar la hegemonía de una clase ascendente, la burguesía industrial, en un contexto general de progreso científico y material real que hacía perfectamente factible la posibilidad de una sociedad en su conjunto próspera y feliz.

## El pensamiento europeísta de Saint-Simon

La vocación cosmopolita constituye indudablemente uno de los rasgos aparentemente evidentes del ideario sansimoniano. Desde sus primeras formulaciones ésta ya se hace presente, constituyéndose como uno de los focos sobre los que pretenden proyectar las propuestas de su inspirador. Sin embargo, qué duda cabe, dicho discurso, tremendamente variable con el transcurso del tiempo —como tendremos ocasión de comprobar—, no puede entenderse completamente si no se atiende a su historicidad, a su inserción concreta en un contexto político, económico y social determinado <sup>12</sup>.

Bajo este prisma, cabe aludir a dos tipos de influencias latentes a lo largo de todo el pensamiento de Saint-Simon: de un lado, las derivadas de una experiencia vital muy rica marcada por su participación en acontecimientos tan decisivos como la guerra de Independencia norteamericana o el proceso revolucionario francés, y por sus numerosos viajes por diferentes países de Europa (España, Alemania, Suiza); de otro, las propiciadas por un marco europeo caracterizado por un clima de inestabilidad y desorientación general perceptible en todas las escalas del orden social, en claro contraste con

<sup>12</sup> M. Riot-Sarcey, «Introduction», en *L'Utopie en questions*, París, 2001, pp. 5-12.

las expectativas de progreso y crecimiento material, sustentadas en el imparable avance experimentado por las ciencias, y visible desde mediados del siglo XVIII. Con ambas, Saint-Simon va a nutrir sus tesis, a la manera de un autodidacta, como señalará Gouhier, de un pensador dotado de *antenas ultrasensibles*, capaz de captar todas aquellas ideas que sobrevolaban su tiempo<sup>13</sup>.

Efectivamente, a lo largo de todos sus escritos, Saint-Simon respira y hace suyo ese estado de opinión general, cuya superación buscará siempre gracias a su extraordinaria capacidad para readaptar el discurso a las circunstancias y posicionamientos políticos de cada momento. En el caso que nos ocupa, su argumento central no va a variar nunca —la reordenación del espacio europeo en tanto premisa básica para la instauración de la nueva sociedad industrial—, pero sí se perciben algunas ligeras modificaciones en su formulación que pueden contribuir a comprender sus objetivos.

En primer lugar, aquí no cabe hablar de originalidad en Saint-Simon, pues antes incluso del final de las campañas napoleónicas —cuyo saldo definitivo superaría los dos millones de muertos— ya se habían elevado voces que urgían soluciones ante lo que aparecía como un estado de guerra permanente, cada vez de mayor trascendencia toda vez si cabe que, tras la instauración del reclutamiento y de la leva en masa, los que sucumbían no eran mercenarios sino la propia población<sup>14</sup>.

La opinión pública francesa —y no sólo ella— era cada vez más consciente de que el sistema de relaciones internacionales no podía reducirse al establecimiento de medidas coercitivas —fútiles y condenadas al fracaso—, sino que debía sustentarse sobre un amplio consenso entre los diferentes países europeos. El fin de las sangrías humanas y materiales exigía una regulación de la política europea en clave de diálogo que garantizase la estabilidad económica y social de cada territorio. Se trataba, en definitiva, de alcanzar una fórmula de equilibrio que garantizase la paz, aunque ello no supusiera eliminar los motivos desencadenantes de la guerra.

La traducción inmediata de esta voluntad culminó, tras la derrota napoleónica, en la constitución del sistema de Congresos internacionales inaugurado en Viena y tutelado por la Santa Alianza, integrada por Austria, Prusia y Rusia desde el 26 de septiembre de 1815. Se trataba de un acuerdo inspirado en aquel equilibrio de fuerzas que garantizaba el orden, si bien inscrito en el marco de una concepción abiertamente reaccionaria y vuelta al pasado, en clara sintonía con la ideología de las potencias integradas en la coalición victoriosa.

Buena parte de las propuestas planteadas antes y durante este periodo remitían, sin embargo, al mismo género de soluciones: tanto para el abate

<sup>13</sup> H. Gouhier, *La jeunesse d'Auguste Comte et la formation du positivisme*, París, 1964. t. II, pp. 348-49; Ph. Regnier, «De l'état présent des études saint-simoniennes», en J. R. Derré (dir.), *Regards sur le Saint-Simonisme et les Saint-Simoniens*, Lyon, 1986, p. 163.

<sup>14</sup> Gouhier, *La jeunesse d'Auguste Comte et la formation du positivisme*, t. III, pp. 18 y ss.



de Saint-Pierre, como para Kant, J. J. B. Gondon, o para el mismo Saint-Simon, la clave para el afianzamiento de la estabilidad europea residía en la consecución de un marco institucional capaz de auspiciar la coordinación y resolución de los antagonismos cara a la conciliación de todos los intereses<sup>15</sup>. En todas ellas, la piedra filosofal se reducía, de hecho, a la presentación de unos proyectos organizativos de beneficios milagrosos inmediatos. El aportado por Saint-Pierre —y criticado por Saint-Simon en su *De la Reorganización de la Sociedad Europea* (1814)—, preveía por ejemplo la creación de una confederación general de todos los soberanos de Europa estructurada en torno a un congreso de carácter permanente. En el mismo se daría cabida a ministros plenipotenciarios delegados por los soberanos de cada país, con derecho a voto, elegidos con el objeto de velar por los derechos de los Estados asociados. De lo que se trataba con ello era que la dieta garantizara a cada miembro de la sociedad la posesión de sus Estados frente a cualquier posible amenaza procedente del extranjero o de sus propios súbditos. En este sentido, cualquier aliado que infringiera el tratado sería inmediatamente expulsado y proscrito como enemigo público.

Tanto en este proyecto como en los anteriores, la dificultad —indicada ya por el propio Saint-Simon, que apuntaba así a los que serían más tarde sus planteamientos—, residía en la incomprensión del concepto de organización social y de los fines que ésta debía perseguir<sup>16</sup>. A su juicio, no se trataba de delegar en una serie de instituciones mediadoras internacionales la reconducción de los conflictos y la creación de un foro de diálogo, sino de que dichos organismos formaran parte de la constitución interna de cada nación, de manera que el grueso de los intereses contrapuestos surgidos en cada país fueran superados dentro, siendo sólo los más trascendentes los que requirieran el concurso del máximo órgano europeo. El autor, en este sentido, al desvincular los planes de su tiempo de la erradicación de la violencia, comienza a apuntar a una convicción que, con el tiempo, se irá haciendo cada vez más sólida: que la consecución de la paz no se lograba eliminando la guerra sino atacando sus causas —aquéllas que la hacían reaparecer una y otra vez—, para lo cual resultaba prioritario un profundo proceso de homogeneización que afectara al conjunto de la sociedad europea y cuyo punto de partida tuviera como eje, por supuesto, a Francia.

Los primeros proyectos europeístas de Saint-Simon comenzaban a apuntar, aunque no enteramente, a esta problemática; tanto su *Lettre d'un habitant*

<sup>15</sup> Abad de Saint-Pierre, *Mémoires pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, 1712; J.-J. Rousseau, *Extrait du projet de paix perpétuelle de M. l'abbé de Saint-Pierre*, 1761; E. Kant, *Projet de paix perpétuelle, Essai philosophique*, 1795; J. J. B. Gondon, *Du droit public et du droit des gens ou Principes d'association civile et politique, suivis d'un projet de paix générale et perpétuelle*, 1807. Hay, por supuesto, quienes sostienen lo revolucionario del espíritu europeísta de Saint-Simon: L. Ledermann, *Fédération Internationale. Idées d'hier, Possibilités de demain*, Neuchâtel, 1950, p. 52.

<sup>16</sup> D. de Rougemont, *Vingt-huit siècles d'Europe. La conscience européenne à travers les textes d'Hésiode à nos jours*, París, 1961, pp. 201-202.

de *Genève à ses contemporains* (1802), como su *Introduction aux travaux scientifiques du dix-neuvième siècle* (1807), o su posterior *Travail sur la Gravitation Universelle* (1813), apelaban a la instauración de una entidad —identificada, ya en el *Travail*, con el poder espiritual— elevada a la condición de guía de la sociedad europea en su camino hacia la paz. En los tres casos, se trataba de una asamblea creada a iniciativa del poder político —para ello se invitará a Napoleón, al que se presenta como el nuevo Carlomagno contemporáneo, por contar, «d'une main, con l'infalible compas, de l'autre, l'épée exterminatrice des opposants au progrès des lumières»<sup>17</sup>— donde todo el protagonismo iba a recaer sobre una congregación de sabios (*Consejo de Newton*), en contraste con la presencia, más bien pasiva, de los representantes de los diferentes Estados.

El autor, consciente de lo frágil de la posición industrial en el seno del sistema político francés, encomendaría la dirección y puesta en práctica de las transformaciones a quien, desde su perspectiva, reunía todas las condiciones para obrar la restauración de la antaño poderosa sociedad europea, así como los lazos que durante siglos se habían ido tejiendo entre sus diferentes países desde un origen feudal y religioso compartido<sup>18</sup>. Napoleón, esa autoridad en quien se confiaba, tampoco era, por otra parte, insensible a este discurso; también él respiraba y comulgaba con los dos ideales dominantes entre la opinión pública francesa de finales del XVIII y principios del XIX: el *cosmopolitismo humanitario* y el *mito de la Cristiandad*<sup>19</sup>.

El *cosmopolitismo humanitario* no era tanto fruto de una aspiración ideológica o sentimental como la constatación de una realidad; los salones y academias parisinas se habían convertido durante aquellos años en el centro de acogida de un buen número de extranjeros representantes de la política, las ciencias y las letras, hasta hacer de la ciudad la capital de las Luces y el progreso<sup>20</sup>. Este espíritu cosmopolita y humanitario se había enriquecido más tarde con el impulso emancipador emanado de la guerra de Independencia americana y el fervor patriótico despertado años después durante la Revolución francesa. En este sentido, la Asamblea legislativa no sólo acordó dar el título de ciudadano francés a todos los que hubieran contribuido a erradicar los prejuicios de la tierra y a hacer retroceder los límites de los conocimientos humanos —hombres como Washington, Bentham, Paine, J. Priestley o Schiller— sino que su patriotismo pasó a convertirse en internacionalista. Como proclamaba en 1791 la propia Asamblea: «O nations! Bannissons toute tyrannie et tout discord; ne formons plus qu'une même société, qu'une grande famille; et puisque le genre humain n'a qu'une même

<sup>17</sup> J. L. Puech, *La tradition socialiste en France et la Société des Nations*, París, 1921, pp. 20 y ss.

<sup>18</sup> Durkheim, *Le socialisme, sa définition, ses débuts, la doctrine saint-simonienne*, p. 259.

<sup>19</sup> Gouhier, *La jeunesse d'Auguste Comte et la formation du positivisme*, t. III, p. 21.

<sup>20</sup> M. Fumaroli, *Quand l'Europe parlait français*, París, 2001.

constitution, qu'il n'existe plus pour lui qu'une même loi, celle de la nature, qu'un même code, celui de la raison, qu'un même trône, celui de la justice, qu'un même autel, celui de l'union»<sup>21</sup>.

El *mito de la Cristiandad*, por su parte, también comenzó a cobrar relevancia a partir de 1789; frente a la profesión de fe en el hombre y en el progreso, se asiste al despliegue de una corriente de pensamiento, especialmente en torno a los sectores contrarrevolucionarios, que reivindica la recuperación de los vínculos religiosos que sustentaron la unidad del orden europeo del Medievo. Del conjunto de este discurso —asumido parcialmente por Saint-Simon y sus discípulos— cabía extraer tres conceptos que, con posterioridad, fueron muy recurrentes: a) unidad religiosa como fundamento de la unidad social; b) carácter católico del vínculo religioso; y c) subordinación metafísica y moral del poder temporal con respecto al poder espiritual<sup>22</sup>.

El fracaso de Napoleón y sus veleidades imperialistas, sin embargo, no alteró en buena medida los presupuestos sansimonianos; de hecho, contribuyó a reafirmarlos, aunque amparados bajo otro patrocinio. Efectivamente, la transformación de la organización social y el advenimiento de una sociedad científica e industrial, tutelada por los más capacitados en cada terreno del saber y la producción, ya no iba a corresponder a aquel déspota que había arrastrado a Francia hacia el abismo<sup>23</sup>, sino al nuevo monarca, Luis XVIII, especialmente tras la promulgación de la Carta, el cuatro de junio de 1814, que a ojos de Saint-Simon aproximaba al país el modelo de organización política —el régimen parlamentario— llamado a extenderse por toda Europa. Es desde esta perspectiva donde, creemos, debe situarse el pensamiento del conde y su obra más centrada en el contexto europeo, la ya mencionada *De la Reorganización de la Sociedad Europea*, cuyo subtítulo ya era ciertamente esclarecedor: *De la necesidad y de los medios de reunir los pueblos de Europa en un sólo cuerpo político conservando a cada uno su independencia nacional*.

En este escrito —redactado por su colaborador y hombre de confianza por aquel entonces, Augustin Thierry—, y que se reconocía deudor de todos aquellos proyectos internacionalistas anteriores, se proponía un sistema de organización política internacional inspirado en el régimen parlamenta-

<sup>21</sup> «¡Oh naciones! Desterremos toda tiranía y toda discordia; no formemos más que una sociedad, que una gran familia; y ya que el género humano no posee más que una misma constitución, que no exista para él más que una misma ley, la de la naturaleza, un mismo código, el de la razón, un mismo trono, el de la justicia, un mismo altar, el de la unión». *Les ruines*, 1791, cap. XIX, Asamblea general de los pueblos. Citado por Gouhier, *La jeunesse d'Auguste Comte et la formation du positivisme*.

<sup>22</sup> Estas ideas ya aparecen expuestas en la primera obra del vizconde de Bonald, *Théorie du pouvoir politique et religieux dans la société civile*, 1796, o en De Maistre, *Du Pape*, 1819. Gouhier, *Ibidem*.

<sup>23</sup> «Profession de foi du comte de Saint-Simon au sujet de l'invasion du territoire français par Napoléon Bonaparte», marzo, 1815, en *Oeuvres choisies de C. H. de Saint-Simon*, t. II, pp. 329-334.

rio inglés y destinado a sustituir definitivamente, allí donde perviviesen, las residuales fórmulas feudales. Bajo la excusa de la premura de su concepción, se nos ofrece, sin embargo, un proyecto escasamente definido, un mero esbozo del futuro modelo a implantar, donde no se concreta la composición de los diferentes órganos ni aparecen delimitadas sus distintas funciones. Saint-Simon y Thierry reivindican la instauración de un régimen parlamentario a escala europea y que, como el modelo inglés, del que es un puro calco, se fundamentará en tres poderes: un primero en representación de los intereses generales —encarnado en la figura del monarca—, un segundo en calidad de valedor de los intereses locales o particulares —ubicado en la Cámara de los Comunes— y un tercero concebido como moderador o regulador de los anteriores, cuyo ejercicio se hace recaer en la Cámara de los Lores —«una serie de hombres poderosos en la opinión, por su nacimiento, sus servicios y sus riquezas»—, la única en donde se permite la inclusión de algunos miembros «escogidos entre los sabios, negociantes, magistrados o administradores no propietarios»<sup>24</sup>.

La propuesta se presenta en el marco de inseguridad reinante en toda Europa que, evidentemente, la Santa Alianza y sus acuerdos —en tanto emanados de ese caduco orden feudal— parecían lejos de cambiar. Sin embargo, pese a referirse permanentemente al inestable contexto europeo, a los sentimientos y a la particular clarividencia de sus diferentes pueblos para responder a los males que les amenazan, su discurso persigue un auditorio muy concreto y cercano: la opinión pública francesa, a juicio de Saint-Simon y Thierry, el único y verdadero ámbito sobre el que operar la definitiva transformación social del país.

El punto de partida de su argumentación, la crisis general y la inestabilidad internacional, es una mera coartada para atraer la atención sobre las graves disfunciones de la sociedad francesa, sometida aún a los designios de una clase de carácter arcaizante que impone sus valores y modelos de comportamiento al resto de la nación, en la coyuntura de un cambio de régimen en torno al cual se concentran la mayor parte de las expectativas. De hecho, es al protagonista de dicho cambio, al monarca, a quien va dirigido de modo implícito el escrito; es verdaderamente a él a quien se expone el proyecto de reorganización general de Europa, que no es otra cosa sino un programa de reorganización general del sistema político francés<sup>25</sup>. Su condición de portador del interés general le constituye, a ojos de Saint-Simon y Thierry, en el único capaz de percibir la realidad en su conjunto y

---

<sup>24</sup> C. H. de Saint-Simon, A. Thierry, *De la Reorganización de la sociedad europea*, Madrid, 1975, p. 87.

<sup>25</sup> Tanto G. Davy como F. Manuel coinciden en la finalidad de la obra: la transformación del sistema político francés ante la posterior implantación de un régimen industrial. G. Davy, «Doutes sur l'interprétation de Saint-Simon»: *Revue internationale de Philosophie*, 53-54, [t. XIV, fasc. 3-4], pp. 287 y ss.

valorar en su justa medida las necesidades que exige el país y que se plasman en el documento.

De alguna manera esta voluntad prioritaria por mostrar a Luis XVIII las excelencias de la importación de la «mejor constitución posible, es decir, aquel sistema de orden social tendente al bien común, ... con una más perfecta organización y disposición de instituciones y poderes a la hora de abordar y tratar las cuestiones de orden público»<sup>26</sup>, explicaría la pobreza e imprecisión del resto del proyecto, impropio de la magnitud del fin que se propugnaba, que no era otro que el advenimiento de una nueva *edad de oro* para la humanidad.

Ya desde el título del libro primero («De la mejor forma de gobierno; demostración de que la forma parlamentaria es la mejor»), Saint-Simon y Thierry proclaman cuál es su régimen político favorito y, en consecuencia, cuál debe ser el patrón en torno al que deben girar todas las relaciones de poder. Es más, en contraste con la permanente indefinición del proyecto que da título al escrito, los autores van a resultar muy explícitos a la hora de identificar el modelo político ideal para Francia con el sistema parlamentario inglés, y proceder a la demostración científica de su validez<sup>27</sup>. A su juicio, su implantación es inevitable no sólo cara a la resolución de los problemas generales que acucian a la sociedad europea, sino a los conflictos específicos que sacuden a Francia y amenazan con arrastrarla a un nuevo proceso revolucionario, cuya principal víctima —al igual que en Inglaterra con los Estuardo— volvería a ser la Corona<sup>28</sup>.

Tras ligar en un mismo destino a la monarquía y a la nación, el maestro y su discípulo señalan como responsables de la crisis y el desgobierno «a una casta privilegiada que detenta todos los honores y empleos importantes», integrada, de un lado, por determinados sectores de la antigua nobleza y, de otro, por un nuevo personal surgido de la Revolución y de la fase napoleónica que, pese a todo, sigue ejerciendo el poder político de acuerdo a las tradiciones del pasado, en detrimento de comerciantes, banqueros, negociantes e industriales, cuyo malestar es creciente.

Ante este estado de cosas *prerrevolucionario*, ya no valen soluciones intermedias —«formas de gobierno bastardas»—; urge la creación, sobre las cenizas del Antiguo Régimen, de un nuevo edificio político acorde a las actuales necesidades de la sociedad francesa que, lejos de clausurar la monarquía, la proyecte en su papel de máxima garante del interés nacional y, en última instancia, europeo<sup>29</sup>.

El análisis de la relación de fuerzas en la sociedad francesa de comienzos de siglo no resulta, sin embargo, lo suficientemente esperanzador como

<sup>26</sup> Saint-Simon, Thierry, *De la Reorganización de la sociedad europea*, p. 61.

<sup>27</sup> A. Péreire, *Autour de Saint-Simon. Documents originaux*, París, 1912, p. 74.

<sup>28</sup> Los autores, a lo largo de la obra, recurren a permanentes paralelismos históricos entre ambos países. *Ibid.*, p. 125.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 133 y ss.

para que Saint-Simon y Thierry depositen todas sus expectativas de cambio social en la formulación de un mero patrón político. Conscientes de la necesidad de un estímulo externo que pueda contribuir a hacer crecer y fortalecer a los potenciales actores del cambio, aquéllos que pueden impulsar al rey a tomar decisiones, van a abogar por una inteligencia de intereses con Inglaterra —modelo a seguir no sólo en lo político sino también en lo económico—, cuyos frutos pueden repercutir en el crecimiento productivo, especialmente en el terreno comercial e industrial, rompiendo así con el secular aislamiento mutuo que había caracterizado la historia de ambos países y que tan dañino y perjudicial estaba resultando para los dos —graves dificultades políticas y económicas, no hay que olvidar, amenazaban por aquel entonces también a Inglaterra.

De consumarse esta conjunción de fuerzas entre el espíritu práctico y emprendedor inglés y la vocación civilizadora y humanista francesa, se sembraría el germen de la reorganización europea, y se instituirían las bases de su formulación institucional, «un sistema político conveniente al estado de las Luces y a la creación de un poder general investido de una fuerza capaz de reprimir la ambición de los pueblos y de los reyes», a cuyo seno pronto se incorporarían el resto de las naciones europeas<sup>30</sup>.

Pocos meses después, y en una serie de escritos breves, Saint-Simon insistiría en la cuestión, matizando, eso sí, algunos puntos tratados con anterioridad. Este es el caso de *Aux anglais et aux français qui sont zélés pour le bien public*, datado en torno a junio-julio de 1815, en donde el autor insiste en la conveniencia de la asociación anglofrancesa —constatada «la superioridad positiva de ambos países en el terreno de los trabajos científicos e industriales»<sup>31</sup>— como eje de la futura reorganización europea, si bien, a diferencia del pasado, con un mayor peso de la actividad política con respecto a la eminentemente científica. Los sabios ya no aparecen como los principales protagonistas de los consejos, sino que ahora serán los industriales, aquellos «que más favorecen el progreso material de la sociedad», quienes ostenten esta condición.

Los científicos, los artistas y todos cuantos contribuían a la conformación del poder espiritual a través de la difusión del saber científico y la creación de la opinión pública, seguían apareciendo, desde la óptica sansimoniana, como los artífices en torno a los cuales iba a surgir el nuevo orden. Sin embargo, esa primacía pronto se vería progresivamente eclipsada por la emergencia de quienes reclamaban una presencia en la sociedad más activa, truncadas ya todas sus expectativas sobre el papel dinamizador de la monarquía.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 158.

<sup>31</sup> C. H. de Saint-Simon, *Aux anglais et aux français qui sont zélés pour le bien public*, p. 51, publicado por I. Manfredini en *Il Pensiero*, t. 9, 1976, pp. 481-503; F. E. Manuel, *The New World of Henri de Saint-Simon*, Cambridge, 1956, pp. 180-188.

A partir de 1815, Saint-Simon, en su camino de aproximación hacia aquellos sectores sociales más comprometidos con el cambio, comienza a entablar sólidos contactos con importantes representantes de la industria, la Banca y la manufactura —Laffitte, Ternaux, Perrier—, con quienes comparte las tesis industrialistas y su necesidad de implantarlas en todo el país.

Desde una óptica exclusivamente económica, la doctrina industrialista representaba el rechazo a las viejas teorías del proteccionismo y el colbertismo aún dominantes, así como a los más recientes planteamientos fisiócratas. El punto clave del enfrentamiento residía en la cuestión del origen de la riqueza: mientras los proteccionistas negaban que ésta surgiera en el intercambio y los fisiócratas la focalizaban en la producción agraria, los industrialistas postulaban su existencia en el comercio y en la industria, partiendo de la base de lo planteado por Adam Smith sobre el hecho de que la auténtica fuente de riqueza residía en el trabajo del hombre y no en la naturaleza.

Este debate, iniciado antes de la Revolución francesa y postergado durante el paréntesis imperial, sería reabierto tras la Restauración gracias al apoyo conjunto de hombres de negocios, nobles liberales (La Fayette, Broglie), liberales de generaciones anteriores (Constant —y su obra *De l'esprit de conquête et de l'usurpation dans leurs rapports avec la civilisation européenne* (1813)— y Destruitt de Tracy)<sup>32</sup> así como el propio Saint-Simon y Thierry. Confiados en su poder y en sus capacidades, todos reivindican la implantación de un nuevo sistema de organización social, argumentando para ello una serie de motivos, extraídos de la evolución histórica y que mostraban una realidad del país caracterizada por el secular antagonismo entre dos clases diferentes —dos *pueblos*—, opuestas en valores, instituciones y en su mismo ser social.

Esa divisoria en dos clases —una, dominante, la otra, *tributaria*— no tardaría pronto en traducirse en la terminología industrialista en términos de ociosos/activos (productores), o, más en concreto, ociosos/industriales. No obstante, aunque la verdadera idea generadora sobre la que se edificaba el entramado industrialista era el concepto de trabajo productivo, lo cierto es que el término *industria* no tardó mucho en ser empleado por los publicistas como un sinónimo aplicable a otros ámbitos, no ya sólo en el terreno económico, sino también en el intelectual, el cultural y el político, en donde no se traducía como indicativo de riqueza material sino de civilización —luego reaparecería en el sansimonismo, llegando incluso hasta Marx.

A diferencia de lo llevado a cabo por los ingleses, los economistas franceses —a través de J. B. Say y su *Traité d'économie politique* (1803)— incorporaron a la valoración del trabajo un componente de utilidad, resultado

---

<sup>32</sup> J. B. Briscoe, *Saint-Simonism and the Origins of Socialism in France, 1816-1832*, Columbia, 1980; J-F. Suter, «Du libéralisme au saint-simonisme»: *Économies et Sociétés*, 6, t. IV, pp. 1095-1108.

de su voluntad de presentar a la producción y a la riqueza como el resultado de la conjunción de una serie de elementos cuya presencia —y, por supuesto, retribución— resultaba esencial. A diferencia, pues, de la consideración del trabajo productivo establecida por la economía política inglesa, en función de si se creaba o no un bien duradero, en Francia el acento se puso, con una funcionalidad ideológica evidente, en el concepto de utilidad. A partir de ahora, ya no se trataba de saber qué producía valor en el mercado —como hacían los economistas—, sino de determinar qué creaba valor social, es decir, qué contribuía a la felicidad y al progreso social. Con ello no sólo se permitía valorar lo directamente producido por la industria y el trabajo, sino todo aquello que poseía una utilidad añadida, que conducía al bien social, como era el caso de artistas, médicos o profesores.

No tardó en dibujarse así una divisoria ideológica cuya finalidad era separar a los productores —la burguesía industrial y de talento— de los ociosos, y trasladar el debate del terreno exclusivamente económico a uno más amplio donde promover tanto el modelo de organización económica y social del porvenir como los mecanismos conducentes al desarrollo de la civilización, en el marco, por supuesto, de un sistema basado en una economía de mercado abierta y competitiva y en la defensa de la propiedad.

Saint-Simon comparte este esquema, pero irá más allá; al afirmar en su obra *Moyen Constitutionnel d'accroître la force politique de l'industrie et d'augmenter les richesses de la France* (mayo-junio, 1818) que la base del edificio social es la organización de la propiedad y no, como sostenían los liberales, la forma de gobierno, no hace sino constatar sus desavenencias con la posición industrialista dominante —más propensa a pactos— y con el régimen político de la Restauración, independientemente de la eventual composición de sus gobiernos, reivindicando la implantación de un régimen de propiedad que verdaderamente responda a las necesidades del desarrollo industrial.

La comunión de Saint-Simon con el partido industrialista había sido hasta entonces total. De hecho, su definición de *nación* y de *espíritu nacional* en el primer volumen de *L'industrie* era una buena prueba de ello: «ce qu'on a appelé l'esprit national, ce n'est en effet que la volonté individuelle qui imprime á chacun son mouvement commun»<sup>33</sup>. Ese sentimiento que unía a la especie humana hacia la consecución de un mismo fin, esa determinación compartida de acometer su realización, era a lo que, a juicio del conde y sus aliados liberales, cabía calificar de verdadero *patriotismo*. De lo que se trataba, en definitiva, era de ampliar la nación involucrando cada vez más a mayor cantidad de individuos en las actividades que favorecieran el progreso y el desarrollo social, y ello sólo se podía conseguir a través de

<sup>33</sup> «Aquello que se ha llamado espíritu nacional no es más que la voluntad individual que imprime a cada uno su movimiento común». Saint-Simon, *O.C.S.E.*, vol. XVIII, p. 22.



la economía y el trabajo, en un marco inalterable de una completa libertad: «la liberté de disposer de ses bras, de son industrie, de ses biens ...; voilà toute la morale»<sup>34</sup>.

Este concepto de nación, por supuesto, más restrictivo a la hora de integrar dentro de él al conjunto del *pueblo* —«le peuple fait nombre dans la population; mais fait-il nombre dans la nation? La nation, n'est-ce pas ceux qui pensent, qui jugent, qui sentent d'accord avec l'intérêt public? Le peuple fait bande à part tant qu'il reste peuple; tant que sa voix est contre la raison acquise, sa voix est nulle»<sup>35</sup>— permitía, sin embargo, mediante la reinvención del término, presentar a sus promotores como verdaderos patriotas y situar a las clases tradicionales fuera de la nación.

El papel conferido a la libertad como hábitat natural en torno al cual los seres humanos colaboraban para satisfacer sus necesidades y alcanzar la felicidad, no sólo constituía un argumento eficaz contra el feudalismo residual francés, sino también un instrumento a través del cual romper el aislamiento del pasado y abrir una nueva etapa de expansión internacional, con el concurso, claro está, de los capitales y la industria.

Aunque no se trata de nada nuevo —en realidad, Saint-Simon sigue la línea iniciada en obras como la *Reorganización*— lo cierto es que su llamamiento ya no va dirigido a las autoridades políticas que tantas veces le han decepcionado, sino a la conjunción de fuerzas que han contribuido en los últimos tiempos a devolver la ilusión de un nuevo cambio social. El autor les invita a desplegar su *fuerza moral* —aquella que surge tras el ejercicio de la *física* y de la que el hombre más se enorgullece— por toda la sociedad, a fin de que, a través de ello, Francia alcance el *honor nacional* que acredita a las naciones maduras.

Si en el pasado, ese *honor nacional* recaía en las potencias más guerreras, en la actualidad residía en la libertad y en la industria. Si antes los grandes imperios lo eran por su fuerza y capacidad guerrera, ahora lo eran aquellos países de mayor libertad y riqueza. Aquí precisamente era donde iba a residir su *utilidad*: en contribuir a la extensión y difusión de aquellos valores de libertad e industria por el mundo y, de esta manera, avanzar todos los pueblos hacia su perfeccionamiento *moral*<sup>36</sup>.

Esta vocación internacional que Saint-Simon proyecta sobre la burguesía francesa se enmarcaba en un contexto esperanzador muy concreto, basado en el progresivo afianzamiento de los ideales de libertad civil e industria en las principales naciones europeas. Tres países parecían, por su orga-

<sup>34</sup> «La libertad de disponer de sus brazos, de su industria, de sus bienes ... he aquí toda la moral.» *Ibid.*, p. 81.

<sup>35</sup> «El pueblo forma parte de la población; pero ¿forma parte de la nación? La nación, ¿no son aquéllos que piensan, que juzgan, que sienten de acuerdo con el interés público? El pueblo se separa en tanto que permanece como pueblo; en tanto que su voz está contra la razón adquirida, su voz es nula.» *Ibid.*, p. 34.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p.101.

nización social, llevar la iniciativa: Inglaterra, Francia y Holanda. Pero no muy lejos, otros tres, Alemania, Italia y España, se acercaban —con la necesaria tutela de los primeros— a encontrar su libertad. Sólo Rusia, en aquellos momentos, podía amenazar lo que debía concluir en una aproximación gradual de ambas confederaciones —una más avanzada que la otra— cara a la constitución en el futuro de un *sistema político europeo* radicalmente nuevo, en el que ya no tendrían cabida como principios la guerra y la religión<sup>37</sup>.

En el segundo tomo de *L'Industrie* se aprecian, no obstante, una serie de matizaciones que apuntan a la evolución ya mencionada de *Moyen Constitutionnel*. Efectivamente, el atractivo espejo del modelo inglés no debía ocultar, a juicio de Saint-Simon, el ineludible acometimiento de una serie de profundas transformaciones internas propias de la sociedad francesa, cuyo eje principal era el régimen de propiedad. En este sentido, el autor pone el ejemplo de dos países de naturaleza despótica en aquellos momentos, como eran Turquía y Dinamarca, para poner de manifiesto que lo que determina el papel y la naturaleza de los países no era su específica forma de gobierno sino la peculiar disposición que en cada uno de ellos recibe la propiedad<sup>38</sup>.

En este texto se comienza a fraguar el alejamiento con respecto a aquellos liberales cuya dimensión del problema era exclusivamente política. Saint-Simon no puede sino desconfiar cada vez más de un régimen como el de la Restauración, ante la actitud de unas clases dirigentes reacias a operar cambios en aquellos resortes determinantes para el beneficio del interés general. El autor, imbuido en los principios de utilidad social, parte del carácter nuclear del derecho de propiedad y de su extensión al conjunto de la sociedad como mecanismo desencadenante del resto de transformaciones cuya culminación sería la eliminación definitiva de la sociedad del Antiguo Régimen, incompleta tras las reformas revolucionaria y napoleónica<sup>39</sup>.

Entre enero y mayo de 1819, en una nueva obra, *Le Politique*, Saint-Simon cifra todas sus expectativas de cambio en quienes, a su juicio, verdaderamente representan a la nación y que, en consecuencia, deben constituir el partido nacional: se trata de la práctica mayoría de franceses —veintinueve millones y medio frente a una población total de treinta y nueve— quienes contribuyen diariamente a la producción a través de un trabajo que resulta útil al conjunto de los productores. Allí se encuentran los sabios, los

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 51-68.

<sup>38</sup> «*Cet exemple est la preuve que la loi qui constitue les pouvoirs et la forme du gouvernement n'est pas aussi importante, qu'elle n'a pas autant d'influence sur le bonheur des nations que celle qui constitue les «propriétés», et qui en régle l'exercice*». C. H. de Saint-Simon, «Comparaison entre l'état politique de L'industrie en France et l'état politique de l'industrie en Angleterre» en *L'Industrie*, Vol. II, Parte I, en *O.C.S.E.*, vol. XIX, pp. 81-82.

<sup>39</sup> De hecho, más tarde, Engels destacaría la capacidad de Saint-Simon para concebir la revolución francesa como una lucha de clases, y para mostrar cómo la situación económica es la base de las instituciones políticas. F. Engels, *Socialisme utopique et socialisme scientifique*, París, 1880 (edición española: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Madrid, 1969), p. 47.

artistas, los abogados, «el pequeño número de sacerdotes que predicán la sana moral» y, en definitiva, todos aquellos ciudadanos que independientemente de su posición y nacimiento emplean libremente sus talentos y quieren liberarse de la suprema injusticia ejercida por los ociosos<sup>40</sup>. Con esta caracterización, el conde, al incorporar la noción de explotación, proporcionó una herramienta polémica de primera clase, puesto que llevaba inherente una concepción crítica de la estructura social que, asimismo, se haría extensible a su discurso internacionalista.

En los escritos desarrollados entre 1820 y 1823 Saint-Simon acentuaría su crítica, no sólo para explicar los conflictos y antagonismos políticos de la Restauración, sino para insertarla en el marco de la evolución histórica emprendida por Europa —su tránsito de un sistema teológico y feudal a otro positivo y productivo—. En ese camino hacia el progreso de la humanidad, el autor reconoce situaciones y agentes que dificultan esa evolución. Habla de un sistema transitorio, en el cual se encuentra Francia desde la Revolución francesa, regido por una clase, igualmente intermedia —integrada por abogados y legistas en el plano temporal y por metafísicos en el espiritual— más sedienta de poder que de culminar su labor histórica<sup>41</sup>.

En marzo de 1823, pocos días antes de su tentativa de suicidio, Saint-Simon redactaría un documento, conocido bajo el título de *Prospectus*, en donde se anunciaba la concepción y el acometimiento del sistema de organización social correspondiente al estado presente de civilización a través de las personas que mayor influencia ejercían sobre la sociedad, pues era este ámbito, el de la opinión pública, a través del cual —afirmaba el autor— este sistema se impondría sobre los intereses particulares<sup>42</sup>.

En este artículo, que partía de una periodización histórica del proceso de civilización de la sociedad europea, desde la caída del Imperio Romano hasta la actualidad, se hacía especial hincapié tanto en el fracaso de Napoleón, fruto de su irreflexión ante «les véritables causes de la révolution et les moyens positifs de la terminer»<sup>43</sup>, como en el del modelo de reorganización europea surgido en torno al Congreso de Viena, a años luz del que se esperaba que trajera la constitución definitiva del poder espiritual europeo —una asamblea donde tuvieran cabida todas las academias de ciencias de Europa— y con él, los principios de una doctrina destinada a convertirse en general para todos los pueblos del continente<sup>44</sup>. A su juicio, todos

<sup>40</sup> C. H. de Saint-Simon, «Le parti national ou industriel comparé au parti anti-national» en *Le Politique*, citado por Briscoe, *Saint-Simonism and the Origins of Socialism in France, 1816-1832*.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 87 y ss.

<sup>42</sup> C. H. de Saint-Simon, *Prospectus*, reproducido en Manfredini, «Saint-Simon: aux européens»: *Il Pensiero*, t.11, 1978, pp. 367-391.

<sup>43</sup> «Las verdaderas causas de la revolución y los medios positivos para terminarla». *Ibid.*, p. 8.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 10 y ss.

estas tentativas se habían saldado negativamente y la mejor prueba de ello lo constituía en aquel momento el sometimiento del poder espiritual por parte de uno temporal y anacrónico, así como la creciente intensificación de la violencia y la represión sobre el pueblo a manos de unas clases tradicionales llamadas a desaparecer, en su afán de huir de su destino. Saint-Simon llegaría incluso a poner el ejemplo de la revolución liberal española y la inminente intervención de las fuerzas de la Santa Alianza (ya decidida en el Congreso de Viena), como prueba de dicha orientación, ya no tanto incitada por los monarcas como por la naturaleza feudal de la nobleza aún hegemónica en toda Europa<sup>45</sup>.

La excepción la constituiría nuevamente Inglaterra, en palabras de Saint-Simon, *le chef du parti libéral*, el *directeur* de la coalición moral entre todos los pueblos del sur y el Occidente de Europa. A lo largo de este *Prospectus* se reivindica el papel dirigente de este país en tanto muro de contención frente a los proyectos concebidos por los emperadores de Austria y Rusia, e inspirador de «une organisation sociale conçue directement et positivement dans l'intéret de l'espèce humaine, de manière que ce régime social puisse être adopté succesivement par les Allemands, par les Polonais, par les Hongrois, par les Russes et par tous les habitants de la terre»<sup>46</sup>.

Los motivos de dicha superioridad inglesa volverían a cifrarse en torno a aquel carácter superior de su constitución política y a su condición de espejo para otros países, no tanto en cuanto modelo a seguir al pie de la letra —en contraste con lo afirmado, por ejemplo, en la *Reorganización*—, pues en aquel país tanto el poder espiritual —jefatura de la Iglesia anglicana— como el temporal confluían en la figura del monarca y de los nobles más ricos, sino como referencia inspiradora de las líneas directrices sobre las cuales había de desarrollarse el proceso de civilización. Éstas debían transcurrir sobre la base de una dirección espiritual, a cargo de los sabios más distinguidos en la observación y el cálculo, y de una temporal por parte de «les hommes qui ont obtenu les plus grand succès dans les entreprises de culture, de fabrication et de commerce»<sup>47</sup>.

Apenas unos meses más tarde, Saint-Simon volverá a aludir en otra obra —el *Catechisme des industriels*— al próximo advenimiento de la sociedad industrial universal y al papel tutelar llevado a cabo en ella por Inglaterra y Francia. Pero si el conde retorna a este proyecto futuro es para emitir una crítica, no por indirecta menos dura, contra las clases dirigentes francesas, muy propensas a incurrir en los mismos errores y males —se alude a una

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 14-15.

<sup>46</sup> «una organización social concebida directa y positivamente en interés de la especie humana, de manera que este régimen social pueda ser adoptado sucesivamente por los alemanes, por los polacos, por los húngaros, por los rusos y por todos los habitantes de la tierra». *Ibid.*, p. 19.

<sup>47</sup> «los hombres que han obtenido los mayores éxitos en las empresas de cultura, de industria y de comercio». *Ibid.*, p. 29.

*maladie nationale* cuyos síntomas son la corrupción y la pasión por el dinero<sup>48</sup>— que la clase política inglesa, cuya elusión, sin embargo, podría conducir a Francia al liderazgo internacional. Para ello Saint-Simon reclama un nuevo pacto político fundado sobre la base de un perfeccionamiento de la monarquía y la comunión de intereses entre la corona y la clase industrial. Pese a todo, este esfuerzo no competía ya al monarca —en el que el conde no deposita demasiada confianza— sino, una vez más, a los industriales: «Verdaderamente, el primer y principal objetivo de todos nuestros trabajos no es otro que el lograr que todos los industriales de Francia, es decir, más de veinticinco millones de hombres, la inmensa mayoría de la nación, muestren ante el Rey su determinación, bajo común acuerdo y a través de una instancia suscrita por todos ellos, de encomendar a sus miembros más significados el cuidado de las cuentas del país»<sup>49</sup>.

Desde su óptica, Francia contaba con una ventaja con respecto a Inglaterra tras el triunfo de la Revolución francesa, y era el hecho de que su aristocracia había perdido, en el seno de la organización política posrevolucionaria, buena parte de su preeminencia de antaño; en consecuencia, sólo bastaba que el espíritu industrial imbuido por la burguesía fuera trasladado al monarca para que éste sólo se limitara a transmitirlo al resto del sistema; algo muy difícil de lograr dentro de la constitución inglesa pues el predominio político obtenido por la todavía feudal aristocracia inglesa bloqueaba ese posible proceso<sup>50</sup>.

Tras las críticas implícitas de Saint-Simon contra aquellas sinecuras que amenazaban con conducir a Francia al estado de corrupción generalizado inglés, lo cierto es que el autor subestimó la capacidad de las fuerzas liberales para establecer alianzas con el orden político establecido.

Esta nueva decepción se traduciría en un importante giro en su discurso. Sobre la base recurrente del concepto de civilización, asistimos a la incorporación en el mismo de una serie de conceptos, algunos de ellos prestados del pensamiento tradicionalista, que acabaría culminando con el surgimiento de una ciencia general de la sociedad, una fisiología del organismo social, en donde el impulso civilizador del hombre ya no se hace residir en la voluntad autónoma de los individuos sino en el conjunto de la colectividad. Esta orientación —completamente *positiva*— le permitirá reafirmar su discurso y elevarlo por encima de la realidad, pero a cambio de reducir los componentes netamente científicos de su pensamiento e incorporar otros, de

<sup>48</sup> C. H. de Saint-Simon, *Catéchisme des Industriels*, cuaderno I, (diciembre, 1823) en *O.C.S.E.*, Vol. XXXVII, p. 96.

<sup>49</sup> «*Oui certainement, le premier et le principal but de tous nos travaux est de déterminer tous les industriels de France, c'est-à-dire, plus de vingt-cinq millions d'hommes, c'est-à-dire l'immense majorité de la nation, à demander au Roi, d'un commun accord et par un placet signé d'eux tous, de charger les industriels les plus importants du soin de faire le budget*». *Ibid.*, p. 143.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 105.

neto contenido moral, de gran eficacia a la hora de descalificar todo comportamiento o proyecto alternativo.

Efectivamente, la voluntad manifiesta por parte de Saint-Simon y su nuevo discípulo Comte, de dotar de validez universal a la fundamentación positiva de su discurso, llevaría a éstos a incidir en la trascendencia y extrema gravedad de la crisis que afectaba a la sociedad europea. En palabras de Comte, se trataba de un «*isolement des peuples ... conséquence nécessaire de la chute du système théologique et féodal, par la quelle se son trouvés dissous les liens spirituels que ce système avait établis entre les peuples de l'Europe et qu'on a vainement essayé de remplacer par un état d'opposition hostile réciproque, déguisé sous le nom d'équilibre européen*»<sup>51</sup>, cuya superación pasaba exclusivamente por la unidad de todos las fuerzas sociales y la indispensable dirección del poder espiritual representado por los científicos.

Los autores vuelven a incidir en el concepto de utilidad general frente a la defensa intolerante de las clases tradicionales de su particular derecho de propiedad, pero en este caso ya desde un plano moral, crítico hacia la actitud *egoísta* de un reducido sector social, que va a ser característico en la última etapa del pensamiento de Saint-Simon.

En 1825 se publican las *Opinions Littéraires, Philosophiques et Industrielles*, con esta frase como epígrafe de la introducción, a cargo de Léon Halévy: «*l'âge d'or qu'une aveugle tradition a placé jusqu'ici dans le passé, est devant nous*»<sup>52</sup>. En este conjunto de escritos, donde asimismo participarían además del maestro y del ya citado Halévy, Olinde Rodrigues, J. B. Duvergier y Bailly, Saint-Simon experimenta un sorprendente giro al hacer patente su abierto rechazo hacia la hasta hacía muy poco bien valorada constitución inglesa y su consideración como pauta de referencia cara a la futura reorganización de la sociedad europea. El reconocido valor de este alto reglamento normativo —máximo garante del correcto funcionamiento de las leyes que rigen el país y que hasta ese momento le había llevado a ser considerado aplicable a otras realidades nacionales— no le va a impedir, sin embargo, ser desechado como baluarte del nuevo orden europeo. El carácter particularista de la organización política que aquella constitución continuaba encerrando y su naturaleza aún feudal —en su seno la hegemonía continuaba correspondiendo, a pesar de los cambios operados, a la clase

<sup>51</sup> «Aislamiento de pueblos ... consecuencia necesaria de la caída del sistema teológico y feudal, por la cual se han encontrado disueltas las ligazones espirituales que este sistema había establecido entre los pueblos de Europa y que, vanamente, se ha intentado reemplazar por un hostil estado de oposición recíproca, disfrazado bajo el nombre de equilibrio europeo.» A. Comte, *Système de Politique Positive*, en *Catéchisme des Industriels*, cuaderno III (abril, 1824), en *O.C.S.E.*, Vol. XXXVIII, pp. 67-68.

<sup>52</sup> «La edad de oro que una ciega tradición había situado ahora en el pasado, se encuentra delante nuestro». H. Fournel, *Bibliographie Saint-simonienne, 1802-1832*, París, 1833, p. 32.

aristocrática— van a llevar al autor —en una línea diametralmente opuesta a lo hasta entonces planteado— a reivindicar de manera sorprendente el papel desempeñado por la Santa Alianza que ahora, lejos de aparecer como una entidad retrógrada, deviene en potencia positiva. De hecho: «Incontestablemente, es a la Santa Alianza a quien debemos la paz general que reina ahora en Europa; y no menos incontestable es que esto es así porque es a esta misma Santa Alianza a quien más le interesa que este estado de paz se mantenga el mayor tiempo posible»<sup>53</sup>.

No iba a prestar ahora Saint-Simon tanta importancia a la naturaleza y extracción social de las clases hegemónicas de las potencias allí integradas —algo que sí había hecho antes para el caso inglés—, y no lo hace porque lo que pretende es centrarse en los efectos benéficos de la Santa Alianza para el desarrollo de la civilización europea. Desencantado y cada vez más distante de los sectores liberales con los que había compartido aquel discurso industrialista, el autor se va a refugiar en el proyecto de orden social universal protagonizado por la realeza internacional y la Santa Alianza, pues a su juicio éstas encarnaban aquel poder supremo en cuyo seno se integran todos los poderes espirituales y todos los poderes temporales<sup>54</sup>.

La profunda evolución experimentada por el pensador en sus últimos años, siempre centrada, pese a todo, en la construcción de un sistema industrial en su país, le va a llevar, pues, a redefinir su modelo de organización política europea, animado de un espíritu internacionalista del que nunca renegaría. No en balde, su evocación permanente fue uno de sus principales rasgos distintivos en la medida que, por un lado, remitía a su fe en el desarrollo de la naturaleza social del ser humano —su supervivencia y bienestar pasaba por la ampliación progresiva de sus lazos de asociación con el resto de sus congéneres— y, por otro, era un referente práctico de acción a través del cual se buscaba involucrar en el proyecto a todos cuantos actores políticos y sociales pudieran favorecer su implantación, independientemente de la naturaleza de los motivos que inicialmente les hubieran impulsado a participar —de hecho algunos de ellos eran, incluso, de claro carácter *feudal*, pues buscaron granjearse el apoyo del rey y las clases tradicionales aludiendo a guiños de evidente corte intervencionista.

Será ese creciente discurso moral que Saint-Simon ha ido gradualmente desarrollando y que —como veremos— también aparecerá reflejado en sus discípulos, el que explique, en definitiva, esta apelación final a la Santa Alianza. Efectivamente, en la medida que parecía ser ésta la única fuerza

---

<sup>53</sup> «C'est incontestablement à la Sainte-Alliance que nous sommes redevables de la paix générale qui existe en Europe, et il est également incontestable que la Sainte-Alliance est puissamment intéressée à maintenir cet état de paix le plus longtemps qu'il lui sera possible». C. H. de Saint-Simon, *Quelques opinions philosophiques à l'usage du XIXe siècle*, en *O.C.S.E.*, Vol. XXXIX, p. 99; G. Eichthal, *Les idées de Henri de Saint-Simon sur la paix européenne*, Académie des Sciences Morales. Séances et travaux. Compte rendu, 1925, pp. 360-361.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 100.

inspirada por la moral de los Evangelios, capaz de instituir un poder supremo y edificar una sociedad pacífica que llegara a la paz por la erradicación no tanto de la guerra como de sus causas, el autor no hacía sino mostrar su profundo malestar hacia los representantes de esa burguesía liberal, durante largo tiempo sus compañeros de viaje y que, abandonados al egoísmo material de sus intereses y veleidades políticas, habían renunciado progresivamente a su misión histórica y dejado a la sociedad francesa y, por extensión, a la europea, sin rumbo.